

El patrimonio artístico desaparecido en los conflictos bélicos de época contemporánea

FRANCISCO JAVIER CORTÉS BORROY

Los dos últimos siglos han sido especialmente negativos para el patrimonio de las poblaciones que conforman la comarca del Bajo Aragón-Caspe. La guerra contra los franceses, el desarrollo del conflicto carlista a lo largo del siglo XIX y, sobre todo, la Guerra Civil incidieron sobre nuestros principales monumentos y desaparecieron muchas piezas de incalculable valor histórico y artístico.

El siglo XIX

El principal afectado por los conflictos bélicos en Caspe ha sido lógicamente el Castillo de la Bailía de la Orden de San Juan; y junto al castillo se encontraba el Convento de la Orden de San Juan fundado en 1394. La historia del conjunto formado por el Castillo y el Convento fue una sucesión de despropósitos en época contemporánea. Y habría que comenzar con lo ocurrido durante la Guerra de la Independencia cuando, con Caspe ocupada por los franceses, entró en la población el coronel Ramón Gayán al mando de 2.500 hombres y 200 caballos el 13 de junio de 1813, iniciándose un sitio que duró 15 días. Como los franceses sólo eran 150 hombres se hicieron fuertes en el Castillo. Gayán no disponía de artillería y para conseguir su salida hizo dos minas, una desde los actuales jardines de la Tumba de Miralpeix hasta las dependencias del Convento que hizo grandes estragos en los graneros aunque no fue posible asaltar el edificio; y otra desde la denominada revuelta en dirección al trujal del castillo y que explotó en los subterráneos del edificio, intimidando a los franceses que huyeron de noche. En este episodio el espacio que corrió peor suerte fue el Convento de la Orden de San Juan. Su práctica destrucción hizo que en 1823, cuando volvieron los monjes a ocuparlo, se plantearan la reconstrucción de la mayoría de las dependencias, obras que realizaron entre 1830 y 1831 utilizando la piedra del anterior edificio. Durante la ofensiva de Gayán se destruyó también el denominado Portal del Obispo que servía de capilla a la Virgen de Montserrat. En 1826 los cofrades de la Virgen de Montserrat construyeron la ermita en el lugar donde había estado el Portal del Obispo, que quedó configurada de forma definitiva con una serie de pequeñas reformas en 1846.



Portada de la Iglesia de San Juan Evangelista de Fayón en 1915

Otro edificio que sufrió las consecuencias del conflicto fue el convento de dominicos caspolino, que fue utilizado durante la ocupación francesa como hospital militar, almacén y cementerio, dañándose sus paredes principales al hacer los fosos de protección. Y en Fayón tenemos noticia de que la iglesia parroquial fue expoliada por las tropas napoleónicas.

Mayor afección negativa tuvieron en la población y en el patrimonio caspolino las guerras carlistas. La extensión generalizada de la guerra entre 1833 y 1840 y de las escaramuzas de las partidas carlistas en todo el territorio bajoaragonés afectó intensamente a Caspe, una localidad que estaba

en el punto de mira constante de las partidas por su situación estratégica y por su importancia política y económica, lo que provocó que fueran frecuentes las incursiones carlistas. Lo expuesto motivó que se decidiera fortificar la población en su núcleo principal, que coincidía con la zona más antigua de la villa, aprovechando parte de las murallas que ya existían de épocas anteriores, sirviendo de núcleo de todo el Castillo, el Convento y la Colegiata, que además servía de fuerte y de almacén de provisiones. Para la artillería había baterías en el Convento, en las bóvedas de la Iglesia, en la plaza del Castillo y en los lugares más destacados del barrio de la Muela.

El episodio más importante acaecido durante la Primera Guerra tuvo lugar en 1837. Madoz nos da información bastante precisa de la entrada en Caspe el 16 de junio de los carlistas Llagostera, Forcadell, Tena y Cabañero al frente de 8 batallones y 400 caballos, que ocuparon la población y traspasaron la línea de fortificación citada anteriormente. Los liberales y la guarnición de la villa se defendieron en el castillo hasta que al día siguiente los carlistas abandonaron la localidad por la aproximación de las tropas del general O'raa que venía en ayuda de Caspe. Pero antes de retirarse incendiaron la población desapareciendo entre las llamas 223 casas, entre las que se encontraban las casas consistoriales y el fuerte en el Castillo de la Bailía. Con él se quemaron los archivos municipales que habían sido trasladados al fuerte desde el Ayuntamiento en marzo del año anterior para su mejor conservación. Del antiguo ayuntamiento no conocemos nada, salvo que sus muros estaban realizados con buen sillar almohadillado, como se puede observar en los restos que quedan en la pared del Cantón de Nuestra Señora. Desde su destrucción en 1837 se iniciaron largas gestiones para lograr una reedificación que no llegaría hasta 1859, con proyecto definitivo de Pedro Martínez Sangrós y en el que sus elementos artísticos

más destacados son su fachada neoclásica y las puertas del escultor local Manuel Albareda Cantavilla.

Como queda dicho anteriormente, durante la Primera Guerra Carlista la iglesia de Santa María la Mayor fue utilizada con fines bélicos; sirvió tanto de almacén como de cárcel, para cuyo fin se acondicionaron las diferentes capillas. El último suceso ocurrido en Caspe antes de terminar la Primera Guerra fue la destrucción parcial de la torre en 1838. Como vimos, en las cubiertas aterrazadas se había instalado un cañón para repeler los ataques de los facciosos, que fue bombardeado y trajo como consecuencia el derribo de la torre. Esta situación fue aprovechada por los isabelinos para fundir las campanas y utilizarlas para fabricar munición. Lo expuesto provocó que, una vez finalizada la guerra, el estado en el que se encontrara el edificio fuera lamentable y que hubiese que realizar diferentes obras para su restauración y conservación. En numerosas noticias municipales de la época se advierte que se detectaron problemas en la Iglesia que afectaban fundamentalmente a su abovedamiento que tenía que soportar un peso excesivo y estaba expuesto a las humedades y el salobre. La apertura al culto de nuevo de la Colegiata se produjo en la Noche Buena de 1851. Luis Doñelfa en sus Anales recoge una relación de los retablos que contenía la Iglesia Parroquial en el momento de su bendición en el año 1851. Durante el desarrollo de la Guerra Carlista se destruyeron muchos de los retablos antiguos y hubo que traer otros de las iglesias conventuales desamortizadas que habían quedado sin culto, especialmente de la iglesia del convento de dominicos, de agustinos y de capuchinos.



La Rosaleda utilizó como material de construcción los restos del conjunto formado por el castillo y el convento de la Orden de San Juan de Caspe



Imagen del órgano de la Colegiata de Caspe en 1915

Como en la Primera Guerra, también Caspe fue una de las plazas favoritas de los carlistas por su importancia estratégica y económica durante la Tercera Guerra Carlista. Hubo muchos episodios bélicos, pero el momento más delicado se produjo en octubre de 1873 cuando la partida de Francisco Vallés, compuesta por 1.500 hombres, entró en la población. Ya antes, cuando se preparaba la defensa, se había acordado la concentración de todas las fuerzas en el fuerte de San Juan y la realización de obras de fortificación, para lo que solicitó una prestación vecinal y ayuda al Gobernador Provincial. La ayuda nunca llegó por lo que el Ayuntamiento no pudo contar ni con los voluntarios ni

con las armas necesarias para defender la Ciudad. Así cuando Vallés entró en Caspe apenas encontró resistencia. A Vallés se le sumaron 600 caspolinos que, en unión de los carlistas, prendieron fuego al Castillo de la Bailía, es decir al fuerte y a las cárceles nacionales del partido, y lo que quedaba del Convento sanjuanista, con el fin de que otras partidas no tuvieran dificultades para tomar la ciudad. Y para que los destrozos fueran mayores y fuese más difícil su acondicionamiento posterior, se ayudaron para su destrucción con azadas, picos y otras herramientas. El encargado de realizar esta operación fue el guerrillero el Cura de Flix, que hay que decir que llevó a cabo un buen trabajo.

Lo anterior fue la puntilla del conjunto sanjuanista. Ya antes de esta fase del conflicto, hemos apuntado que en 1844, en el momento en que el Ayuntamiento adquirió el edificio, ya se encontraba en ruina. También antes de 1873 se había derrumbado uno de sus torreones, concretamente en 1866; y posteriormente, en 1891, se declararon ruinosos los lienzos de la «Peñaza», lo que iría seguido de la consiguiente demolición. Todas estas situaciones abocaron al monumento a la casi desaparición. No es difícil encontrar en las casas de finales del siglo XIX y principios del XX vestigios de lo que fue una de las fortalezas más importantes de Aragón. Uno de los ejemplos más significativos de utilización de piedra del conjunto monumental fue la construcción de la Torre de Salamanca en 1875. La más importante construcción civil que utilizó restos del conjunto fue la denominada Rosaleda, levantada en 1900 por el arquitecto Luis de la Figuera, y que era propiedad de José Miravete.

En 1909 el Ayuntamiento impulsó la demolición de las ruinas del Convento, según se decía por *ser madriguera de gente maleante y centro de escándalo público*. En la actualidad en el espacio que ocupaba se levanta el Colegio Pú-

blico «Compromiso de Caspe» construido entre 1927 y 1929 con planos de Regino Borobio. Todavía hoy quedan restos de los sótanos del edificio en los bajos del patio de juegos, cuestión que habrá que considerar en el momento en el que se plantee la rehabilitación integral del conjunto.

También en Maella, las guerras carlistas fueron las causantes de la ruina de su castillo. Ya con anterioridad había sufrido incendios en 1643 durante la Guerra de Secesión y en julio de 1706 con motivo de la toma de la plaza por las tropas del archiduque Carlos en la Guerra de Sucesión. Pero la mayor afección se produjo durante la Primera Guerra Carlista. En septiembre de 1835 se solicitaba la fortificación del castillo que pertenecía al Duque de Híjar, para lo que concedió permiso. Estos trabajos de fortificación no fueron suficientes para evitar en marzo de 1837 la entrada de las tropas de Cabrera que lo incendiaron y lo convirtieron prácticamente en ruinas. Al final el castillo sería vendido por el Duque de Híjar al Ayuntamiento de Maella en 1861 por la cantidad de 5.600 reales de vellón a modo de compensación, a pesar que en 1853 José de Yarza había tasado los daños en 408.000 reales de vellón, indemnización que solicitaba el Duque. Y en Nonaspe, en 1843 los carlistas destruyeron gran parte de la documentación antigua y libros de cabreo que había en la iglesia parroquial de San Bartolomé.



Sepulcro de Martín García en la Colegiata de Caspe

La Guerra Civil

En los inicios de la Guerra Civil los templos caspolinos fueron profanados, saqueados y después quemados. Es Sebastián Cirac Estopañán el que narra como en la Colegiata la sillería del coro y los altares fueron rociados con bencina y quemados. También ardió el archivo parroquial que contenía los libros de bautismos, matrimonios y defunciones desde 1518, todos los documentos en pergamino desde el siglo XII, las bulas concedidas por las papas de Avignon y Roma, la biblioteca parroquial, el Lumen Domus del convento de la Orden de San Juan



«Pascuala» de la Colegiata de Caspe anterior a 1936

templos en 1851 y los propios de la Colegiata que seguía conservando. De los retablos desaparecidos conocemos algunos gracias a las fotografías conservadas. Este es el caso del retablo mayor que se había iniciado en 1649, siendo los autores de la mazonería Miguel Pina y Juan Rubio de Moyuela, con una historia constructiva que se alargó hasta 1674. El retablo tenía una estructura y elementos arquitectónicos propios del barroco, adivinándose en la calle central, además de la imagen de la Virgen, la escena de la Coronación y del Calvario que corona el conjunto. Para sustituirlo se encargó a los Hermanos Albareda la construcción de un retablo en 1953.

Domingo Cubeles, obispo de Malta encargó en 1559 a Jerónimo Vicente Vallejo Cosida (doc. 1532-1592) los retablos de Caspe y Monzón, ambos desaparecidos, por los que pagó la suma de 12.600 sueldos. El retablo de Caspe estaba situado en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, con un cuadro central que representaba a la Virgen titular y los colaterales a San Juan Bautista y a los santos Cosme y Damián. Las mazonerías fueron aparejadas por Jerónimo de Mora (que contó con la ayuda de Diego de Orea para las tallas).

En 1525 Juan Perandreu encargó un retablo de la Virgen para la ermita de San Bartolomé que fue trasladado en 1915 a la Colegiata para garantizar su conser-

desde 1394 hasta 1820, reliquias de santos, cruces procesionales góticas, cetros, incensarios, navetas, relicarios, bandejas, portapaces y otros objetos de plata fechados entre los siglos XIV y XVIII.

El fuego y el calor provocaron que las bóvedas se desplomaran y hubiera que restaurarlas una vez acabada la guerra. En 1944, después de las labores realizadas por el denominado Batallón de Trabajadores, se reconstruyó la nave central con proyecto del arquitecto Roberto Oms, renovando arcos fajones, bóvedas y sustituyendo la tradicional cubierta aterrazada, como la que sobrevive en las naves laterales, por una a dos vertientes sobre muros de ladrillo, destinada a aliviar el peso.

Como se ha expuesto anteriormente en esta oleada revolucionaria desaparecieron los retablos e imágenes que habían sido trasladados de otros



Banco del retablo de la Virgen de Perandreu en la Colegiata de Caspe, anterior a 1936

vación. En el retablo se mezclaban elementos goticistas como las tracerías o el estilo de las figuras pintadas, con otros renacentes como la decoración de grutescos de la polsera (en la que se incorpora el escudo del promotor formado por tres peras). En las tablas laterales se representaban a San Pedro en la parte inferior y el Nacimiento en la superior; mientras que en el otro lado está San Juan Bautista en la inferior y la Epifanía en la superior. En el banco se distingue a Cristo, San O nofre, así como el nombre del encargante, en el que se lee *RETABLO FIZO JOHAN PERANDREU LABRADOR*.

Muy conocida es la imagen de San Sebastián en madera policromada, que se puede atribuir a Carlos Salas (1728-1780).

La Capilla de la Veracruz fue construida en 1730 en estilo barroco para conservar el fragmento de Lignum Crucis con su relicario de oro en forma de cruz donado por Juan Fernández de Heredia en 1394 para celebrar la elevación de la Iglesia parroquial a Colegiata. La capilla consta de tres tramos, con uno cuadrado inicial cubierto con cúpula esférica sobre pechinas que originalmente estaba decorada con pinturas sobre la Exaltación de la Cruz; un tramo rectangular cubierto con bóveda de cañón rebajada con lunetos; y por último un ábside poligonal de cinco lados y de menor altura. Desgraciadamente fue destruida durante la Guerra Civil conservando su estructura pero perdiendo toda su abundante decoración en yeserías, propia de una fecha tan avanzada del estilo barroco, rellenando todas las superficies con una multiplicidad de motivos vegetales, ángeles y varias esculturas de santos.

Durante esta oleada anticlerical desaparecieron los sepulcros de Juan Fernández de Heredia y del obispo Martín García. Como expone Cirac Estopañán estos se-



Capilla de la Veracruz de la Colegiata de Caspe hacia 1930

de Heredia conservado en la Parroquia de La Seo de Zaragoza), con un estilo que se caracteriza por la utilización de pliegues ampulosos y el realismo de las figuras que se representan.

La portada de la Colegiata tiene una cronología de finales del siglo XIV y se enmarca dentro de las obras de la segunda fase constructiva del edificio patrocinadas por Juan Fernández de Heredia. En 1936 fue desmantelada por completo mediante la contratación de canteros, desapareciendo las imágenes de la Virgen con el Niño del parteluz, las de los apóstoles, con sus doseles y pedestales, y las tres arquivoltas con las figuras de los ángeles adoradores, mártires con palmas y santos obispos con sus báculos. En esta misma acción también se desmantelaron la pila bautismal, las pilas de agua bendita... La presencia de estas esculturas la convertía en una de las portadas más interesantes del gótico aragonés y comparable, por cronología y monumentalidad, con la de la Catedral de Huesca. El estilo de las figuras estaría cercano al de la escuela francesa y su autor se caracterizaría por el fuerte expresionismo de los rostros, de carácter potente y contundente. Se aprecia en las fotografías anteriores a 1936 que son figuras estilizadas, que se acomodan al marco arquitectónico, con cierta desproporción de las cabezas.

pulcros fueron destruidos a martillazos. Antes, durante el sitio de Cabrera durante la Primera Guerra Carlista, los soldados que se encontraban dentro de la Iglesia sufrieron accesos de fiebres intermitentes y disolvieron los huesos de los esqueletos de Juan Fernández de Heredia y del obispo Martín García porque creían que el polvo de santo curaba estas enfermedades. El de Juan Fernández era de mayor calidad artística. El material elegido para su construcción fue el alabastro, con escenas enmarcadas bajo arquerías con tracerías góticas, que representa el cortejo fúnebre compuesto por personajes eclesiásticos. La figura yacente de la tapa reposaba la cabeza sobre una almohada con los escudos de armas y las manos juntas sobre el pecho. Dos ángeles descabezados sostienen al difunto, que viste túnica en la que se distingue la cruz de Malta y porta espada. Cortés Arrese atribuye a su autor influencias cercanas al escultor catalán Pere Moragues (el mismo que realizó el sepulcro de Lope Fernández

También desapareció entre las llamas el convento de capuchinas. El grueso de las obras del convento de Capuchinas estaría terminado el 11 de noviembre de 1699 cuando se produjo el traslado de las monjas a su nuevo convento. Como narra Cirac Estopañán el convento fue rociado con bencina e incendiado. Se profanaron los enterramientos del fundador en el presbiterio y de las monjas en su cementerio y se trabajó en la demolición de las paredes que habían permanecido en pie. En las fotografías se observa el estado ruinoso en el que quedó. En 1942 Regiones Devastadas derribó todo lo que quedaba en pie del convento. No sería hasta 1952 cuando comenzaron las obras del nuevo que no llegarían a culminarse definitivamente hasta diciembre de 1993.

La ermita de Santa Lucía se fundó extramuros de la ciudad en 1470, aunque con el paso del tiempo quedó englobada dentro del casco urbano.

Fue destruida en el siglo XVIII y reedificada a finales de dicho siglo con una estructura de tres naves desiguales cubiertas por bóvedas de medio cañón rebajado con lunetos y ábside poligonal, en una estructura clásica de las iglesias barrocas de la zona. El 25 de julio de 1936 fue destruida casi por completo, reconstruyéndose en estilo moderno. Durante la guerra el edificio fue convertido en mercado público y cada capilla se convirtió en una sección del mercado, abriendo grandes ventanales para dar iluminación. Del antiguo edificio se conserva la parte baja exterior realizada en piedra y la puerta de acceso al templo, en piedra bajo arco de medio punto con escudo de Caspe en la clave, que fue construida en 1843.

De todo lo que contenía de valor el Convento de Nuestra Señora del Rosario, de los dominicos, tan solo conocemos por medio de fotografías el denominado «*Cristo de Zalamea*». Tenía su ubicación original en el Hospital denominado viejo, que se hallaba situado en la calle de los Mártires. Fue trasladado en 1767 al nuevo hospital situado en la calle Hospital, en un edificio que había sido convento de jesuitas, junto a la iglesia de Santa Lucía. Después de la Desamortización de Mendizábal y ya convertido el Convento de dominicos en Hospital municipal de la villa, el retablo tuvo como nuevo destino el oratorio bendecido en 1863, en el que per-



Virgen del parteluz de la Colegiata de Caspe anterior a 1936



Cristo de Zalamea en el convento de dominicos de Caspe hacia 1930

ció entre las llamas la imagen gótica de la Virgen de la Consolación del año 1535. Las campanas de todas las iglesias y capillas fueron arrancadas y llevadas a Barcelona.

La iglesia del convento de Santa María Magdalena, distante unos 15 kilómetros de la población, fue saqueada por los mequinenzanos. Este convento, que en la actualidad está situado en una isla tras la construcción del embalse de Mequinenza y de la presa de Caspe en el Ebro, gozó de singular devoción por los vecinos de Caspe una vez que, desprovisto el edificio de su uso conventual, se convirtió en ermita. Allí se iba en romería el día de la patrona y en procesión en épocas de sequía para llevar a cabo las denominadas «rogativas». Destruyeron entre otras la imagen de la santa, esculpida en alabastro a mediados del siglo XV. Realizada en torno a 1730 con una nave y arcosolios en los muros laterales, con un espacio cuadrado anterior a la cabecera como crucero cubierto con una cúpula sobre pechinas y una cabecera cuadrada de menor altura con un peculiar deambulatorio recto y cubierta también con una cúpula decorada con pinturas.

Aunque no contamos con mucha precisión de detalles, conocemos también el devenir de los edificios religiosos en el resto de las localidades de la comarca. La

manecería hasta que en julio de 1936 se destruyó. Cirac Estopañán nos aporta el dato de que la imagen fue arrancada y arrastrada por las calles, rota en pedazos, cortada la cabeza... Se trataba de una imagen muy venerada por que se creía milagrosa y los caspolinos rezaban a sus pies en momentos de desesperación. El retablo era de madera policromada y estaba compuesto por banco, predela con dos figuras y cuerpo con la imagen de Cristo crucificado. La mazonería del retablo es claramente barroca, articulada por las columnas salomónicas adornadas por hojas y frutos, coronadas por capiteles compuestos, todo dentro del barroco de movimiento propio del siglo XVIII.

También fueron saqueadas, perdiéndose sus ornamentos y retablos, las iglesias conventuales de San Agustín y de dominicos, la del Colegio de Santa Ana y las ermitas de San Indalecio, San Roque, la Balma, la Magdalena y San Bartolomé, donde pere-

iglesia parroquial de San Juan Bautista de Nonaspe fue víctima del clima anticlerical de comienzos de la guerra, desapareciendo los 13 retablos que contenía, entre los que destacaba el mayor que había sido concertado por los jurados de Nonaspe en 1689 con el escultor local Jaime Nogues y que sería terminado por Pedro Velilla en 1692. También desapareció la custodia de la Parroquia que había estado en la Exposición de Zaragoza de 1908. Dado el estado de ruina se tuvieron que iniciar los trabajos de reconstrucción de la iglesia parroquial a partir del 8 de octubre de 1939 que tuvo como misión fundamental la rehabilitación de la cubierta que había sido destruida. Las obras, tanto de las cubiertas como de la torre, se inauguraron finalmente el 7 de octubre de 1951. En la misma población también sufrió los estragos de la guerra la ermita de Nuestra Señora de Dos Aguas, donde desapareció entre sus piezas más importantes el retablo con la imagen la titular.



Retablo de la Virgen de Dos Aguas de Nonaspe

De la misma forma fue incendiada y saqueada la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Fabara en 1936, bajando las campanas y derribando parcialmente la torre para construir con sus sillares una fábrica de aceite. El edificio se reabrió al culto el 15 de agosto de 1942, aunque la reconstrucción de la torre no se iniciaría hasta 1954. Entre los retablos y ornamentos que contenía destacaba el retablo mayor dedicado a San Juan Bautista, obra de Antonio G alcerán entre 1597 y 1602, cuyas capitulaciones fueron recogidas por Pérez Temprado con la figura principal de San Juan Bautista que se sacaba en las procesiones y en las calles escenas de la vida del Bautista. En un cuerpo superior se situaba el relieve del Bautismo de San Juan con los lienzos de San Roque, San Sebastián, Santa Susana y Santa Engracia. Con una estructura del retablo que denota influencias romanistas, en el estilo de G alcerán se aprecia al influencia de la estilización propia del manierismo junto con unos rostros serenos e idealizados de corte clasicista, todo dentro del estilo romanista y anunciando ya algunas características que tendrá la escultura barroca del siglo XVII.

También en Fabara, aunque no tan directamente relacionado con el conflicto bélico, pero sí motivado por el ambiente anticlerical, en 1937 fue derruida la Ca-



Retablo de San Juan Bautista en la Iglesia de Fabara, anterior a 1936

conocemos la existencia de un retablo dedicado a la Virgen del Rosario que doró Pedro Felipe, natural de Escatrón, en 1681. Y en la ermita de La Consolación se conservaba un retablo dedicado a la Virgen del círculo del maestro de Lanaja realizado hacia 1430 que fue quemado al igual que el resto de retablos que contenía (Nuestra Señora del Pilar, San Blas, San Antonio Abad y el arcángel San Miguel).

Bibliografía

- ALBIAC BERGES, D.; CORTÉS BORROY, F. J. (1998). *Edición crítica y anotada de los Anales de Caspe de Juan Antonio del Cacho y Tiestos*. Grupo Cultural Caspolino.
- ALBIAC SEBASTIÁN, G. (1991). *Nonaspe. La Vileta regalada*. Grupo Cultural Caspolino.
- BARCELÓ CABALLUD, A. (1994). «Santa María de Horta: 800 años de historia de Caspe». *Cuadernos de Estudios Caspolinos XX*. Grupo Cultural Caspolino. pp. 9-66.
- CALVO RUATA, J. I. (1994). *Arte en la ciudad de Caspe*. Diputación de Zaragoza.
- CERVERA, V. (1986). *Fabara. Memorias incompletas*. Grupo Cultural Caspolino.
- CIRAC ESTOPAÑÁN, S. (1939). *Los héroes y mártires de Caspe*. Imprenta Octavio y Félez. Zaragoza.
- CORTÉS BORROY, F. J. (1999). *Caspe y el Sexenio Revolucionario*. Grupo Cultural Caspolino.

pilla de San Antonio Abad ya que las pilastras de la capilla impedían el paso de los camiones. La capilla la capituló el albañil, natural de Maella, Diego Espallargas Menor el 27 de septiembre de 1761.

La iglesia parroquial de San Esteban de Maella, al igual que las anteriores, vio desaparecer sus doce retablos (el del titular, San Agustín, la Virgen del Pilar, Nuestra Señora del Rosario...), así como un Lignum Crucis y los relicarios de San Esteban y San Lorenzo entre otros. Y en la ermita de Santa Bárbara el retablo de la titular que había sido capitulado por el alcañizano Pedro Llovet en 1771.

Chiprana no fue diferente del resto de las localidades de la comarca y en 1936 perdió los seis retablos (el mayor, de Nuestra Señora de los Dolores, del Santísimo Cristo, de Nuestra Señora del Carmen, la Divina Pastora y Santa Lucía) y ornamentos. Cono-

- CORTÉS BORROY, F. J. (2002). «El bienio progresista en Caspe». *Cuadernos de Estudios Caspolinos 25*. Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe. pp. 239-313
- CORTÉS BORROY, F. J. (2005). «Caspe (1838-1854)». *Cuadernos de Estudios Caspolinos 26*. Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón-Caspe. pp. 247-291.
- CORTÉS BORROY, F. J.; COSTÁN VEDIA, C.; MORATA PRIETO, P. (1991). «La iglesia de San Juan Bautista de Fabara». *Cuadernos de Estudios Caspolinos XVII*. Grupo Cultural Caspolino. pp. 105-163.
- JUSTE MOLES, V. (1995). *Historia de Maella*. Diputación Provincial de Zaragoza.
- JUSTE MOLES, V. (1995). «Sobre arte en la parroquial de Caspe en el siglo XVI». *Cuadernos de Estudios Caspolinos XXI*. Grupo Cultural Caspolino. pp. 105-119.
- MADOZ, P. *Diccionario Geográfico Estadístico Histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Zaragoza, 1850-1855.
- MARCUELLO, J. R. (2005). *Fayón. La historia sumergida*. Ayuntamiento de Fayón.
- ROYO GARCÍA, J. R. (1995). «Chiprana en 1849». *Cuadernos de Estudios Caspolinos XXI*. Grupo Cultural Caspolino. pp. 153-168.
- SANCHO BONAL, L. (1987). «Bosquejo Geográfico-Histórico de Caspe (parte segunda)». *Cuadernos de Estudios Caspolinos XIII*. Grupo Cultural Caspolino. pp. 13-87.
- SO LÉ LLOP, F. (1984). Carlos. *Fayón. Imágenes y palabras*. Grupo Cultural Caspolino.
- SORO LÓPEZ, J. y BENEDICTO SALAS, R. (1993). «La Colegiata de Santa María la Mayor, el castillo del bailío y el convento de San Juan del Hospital». *Cuadernos de Estudios Caspolinos XIX*. Grupo Cultural Caspolino. pp. 113-133.
- VALIMANÑA Y ABELLA, M. (1988). *Anales de Caspe (antiguos y modernos)*. Grupo Cultural Caspolino.
- VIDIELLA, S. «Fabara». *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón 1907-1909*. Alcañiz. pp. 246-268.

